

Extra Bum Bum y otros cuentos

José E. Durango Polo



loqueleg



Extra Bum Bum

¡Mamá descubrió los chicles que había pegado debajo de la mesa del comedor. Según ella eso era algo asqueroso, pero para mí era como un jardín colgante de bolitas de colores. Mamá me acusó de estar alimentando a las cucarachas, sobre todo las voladoras, a las hormigas que pican duro y dejan ronchas. Le dije que los insectos también tienen derecho a comer y si lo hacen debajo de la mesa, sin pelearse y en silencio, pues me parecía que estaba bien. A ella no le pareció bonito y dijo que los sacarinos taladrarían mis muelas sin pelearse y que tendría que guardar silencio cuando el odontólogo me pinchara la encía para la anestesia cuando me fueran a calzar las

muelas. Me obligó a quitar todos los chicles con una espátula. Le comenté a papá, a la abuela, a mis tías y primos. Luego todos me miraban como si fuera una cucaracha destripada.

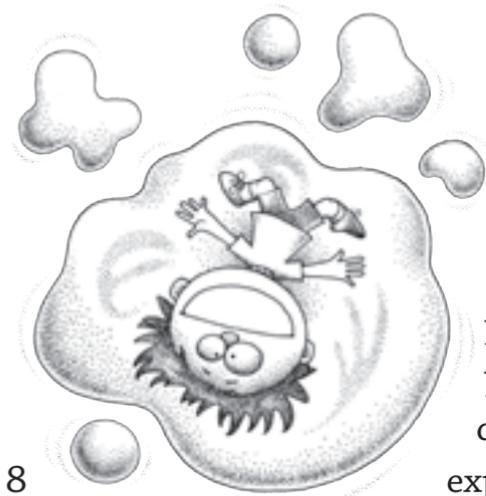
6 Mamá me prohibió masticar chicle de por vida y me compró un tubo de pasta dental gigante que sabía a costra de grano. Que de ahora en adelante esa era la que iba a usar y no de las que sabían a sirope de fresa. Pero igual masticaba en la escuela, en el recreo y en clases, sin que el maestro se diera cuenta. Debajo del brazo de mi banca favorita, tenía mi otro jardín escolar de bolitas de colores. Bueno, casi todos mis compañeros del salón tenían su jardín y, por supuesto, mis chicles eran los más requetemasticados de todos. Me sentaba en la última silla de la fila, cerca de la pared, y masticaba sin piedad. Compraba un solo chicle, porque de regreso a casa mamá me revisaba los bolsillos, la mochila y hasta las medias, para ver si tenía alguna caja o envoltorios.

Me salió caries en una muela y mamá sospechó que estaba mascando chicle en el colegio. Fue a hablar con el maestro, él ni por enterado. Pero ella le preguntó dónde me sentaba y descubrió mi jardín escolar. El maestro revisó todas las bancas y descubrió los demás jardines de bolitas. Se puso muy bravo y nos ordenó arrancar los chicles. Hizo un reporte a la dirección de la escuela y a los días prohibieron la venta de chicles en la tienda escolar.

7

Me calzaron la muela. Cuando el dentista me puyó la encía para la anestesia, dijo que solo sentiría como si me picara un mosquito, pero no fue cierto. Dolió tal cual cuando te ponen las inyecciones en el trasero. Juré que no mascaría más chicle y mamá se sintió muy orgullosa de mí.

El juramento duró muy poco. La quijada se me movía sola de las ganas y los dientes me chirreaban por lo duro que se me apretaba la mandíbula. Hasta soñé que viajaba dentro de un globo de chicle. Era como una nave espacial con olor



a fresa, que me llevó a un jardín galáctico, en donde había muchas bolotas de chicles parecidas a meteoritos y todas tenían huellas de muela. El globo-nave explotó y yo flotaba en el jardín. Podía saltar de bola en

bola y darles mordiscos. Su sabor era cósmico y los globos que podía hacer eran del tamaño de un planeta. Pero regresé a la tierra cuando mamá me despertó para ir a la escuela.

Saqué dinero de la alcancía. Me metí al clóset, voltéé el cochinito y por la ranura saqué unas monedas con un cuchillo de untar mantequilla. Hablé con mi vecino sin que nadie se diera cuenta y le pedí que me comprara un paquetito de los Extra Bum Bum; a esos el azúcar les dura más. Estiran tanto que los globos los puedes hacer más grandes que tu cara. Mi vecino me cobró por el mandado

y otra moneda extra por guardarme el secreto y por las futuras compras que me haría.

Me encerraba en el baño a hacer globos gigantes que me explotaban en la cara y hasta se me quedaban pedacitos de chicles en el cabello. El espejo del botiquín es el único testigo de cuán grandes los inflé. Mi vecino no quiso ir a comprarme más chicles, pero me pidió una moneda para seguir guardándome el secreto. Tuve que congelar el último chicle que me quedó. Después de que se me cansaba la mandíbula, lo escondía detrás de una cubeta de hielo en el fondo del congelador de la refrigeradora, sin que nadie se diera cuenta.

Me paseaba por la cocina con mucho disimulo, como quien se va a servir un vaso de agua con cubitos de hielo. Esa era mi estrategia para alcanzar mi bolita al final del congelador, detrás de la cubeta. Cuando me la ponía en la boca era como una piedra fría, pero luego se iba suavizando y hasta el azúcar le regresaba.